Brujas y misterios de Zugarramurdi

Primitivo Garate

Brujas y misterios de Zugarramurdi

Primitivo Garate

avant
editorial

Primera edición, mayo de 2025
©Primitivo Garate 2025
Diseño de portada de Nova Doria

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87532-99-4
THEMA: FRT - QRYX5
DEPÓSITO LEGAL: M-12013-2025

Dedico este libro a Josiane, mi mujer,
que todavía no me ha prohibido escribir;
a mis cuatro hijos, por orden cronológico,
Iñigo, David, Fermín y Maeva;
Y a todos los que ya no están aquí.

Mi agradecimiento a
quienes me han animado,
y en especial a:

José María Doria,
que desde el principio
ha creído en mis escritos
y me sigue energizando.

A Darina Nicolaeva
por su mágica intervención.

A Jesús Mateo Salvatierra
por sus críticas, a veces severas.

A Nova Doria por su portada,
que transparenta el contenido
e induce a la lectura inmediata.

PRÓLOGO

Zu-ga-rra-mur-di. Qué nombre tan largo, tan biensonante y tan difícil de pronunciar correctamente para quien no es «del país».

Y sí, creo que de alguna manera esa especie de simbiosis entre el encanto del nombre y la dificultad para nombrarlo da a Zugarramurdi una innegable gracia, un atractivo capaz de provocarnos inquietud y la consiguiente curiosidad.

Estoy escribiendo en plural, cuando en realidad es en singular, pues esta serie de cuentos es el fruto de lo que ese encanto, ese atractivo y unos cuantos «misterios» más de Zugarramurdi han engendrado en mi imaginación.

No soy un zugarramurdiano, vivo a más de 16 000 kilómetros de sus calles y prados, pero conozco el pueblo. Lo he visitado algunas veces, me he paseado por sus caminos, he comprado en la tienda y he comido cuajadas.

Es una realidad que el alejamiento y la distancia producen perspectiva, mucha perspectiva. A veces deformada, pero a veces también el alejamiento pone

en evidencia detalles no invisibles, pero quizás inapreciables de cerca. Me hace pensar en el dicho: «los árboles no dejan ver el bosque».

Cuando se habla de Zugarramurdi, las brujas, sus *akelarres* y allá en el siglo XVII la Inquisición, son temas ineludibles.

Las historias que vienen a continuación, cien por cien ficticias, pueden desarrollarse en cualquier época e incluso hoy mismo, con algunos personajes foráneos y otros naturales del lugar, entre ellos esas señoras tan simpáticas con facultades «diferentes» y algún enviado desde lejos por las autoridades; todos ellos elementos fraguados en mi mente con la única pretensión de entretener y hacer sonreír.

¡Buena lectura!

SI LAS PIEDRAS TUVIERAN ALMA

UNA HISTORIA VASCO-POLINESIA

La historia comienza en Zugarramurdi, la aldea natal de la Anchoni, un pueblo que no es como los demás, ni siquiera como el resto de municipios de la comarca. Mimado por la naturaleza, está enclavado entre montes y verdes colinas pirenaicas, rodeado por unos prados de un verde brillante y purísimo que con su yerba de primera calidad alimentan a cientos de vacas, pues si Zugarramurdi debiera tener un animal como mascota, sin lugar a dudas sería la vaca. Por supuesto que también hay otros animales: hay ovejas, cutos, caballos, gallos, gallinas, cabras, machos cabríos, perros y gatos.

El clima es de lo más benigno, pues los montes circundantes guardan la aldea al abrigo de los vientos del norte; y el mar, que a solamente unos kilómetros a vuelo de pájaro no llega a verse desde el monte, pero sí puede olerse su suave aire salino, sus nieblas y brumas… Brumas que quizás sean otra mascota que se funde muy bien en el ambiente.

Los olores no son muy variados, pero ninguno de ellos es desagradable: unas veces es el olor a humo de leña que sale de las chimeneas, y que es acentuado por el sirimiri que flota en el aire; otras es la conocida fragancia del heno recién segado, o simplemente el castizo y rústico olor a estiércol de vaca, que echa en falta un vaso de vino. En el bosque también suele oler a hongos y humedad fresca.

Las casas de Zugarramurdi, importantes, sólidas, nobles, están apiñadas sin formar un orden especial. Son de muros blancos y buenas piedras de sillería de un color rojizo, exclusivo de la región, que combina muy bien con las recias vigas y solivos de roble. Los tiestos con flores añaden un toque femenino a tanta belleza natural. Ni que decir tiene que el pueblo está dominado por la iglesia y su elegante torre.

Zugarramurdi también cuenta con su pequeña leyenda negra: tiene fama de haber sido un nido de brujas. Pero esto ocurrió muy a primeros del siglo XVII, y aparentemente la Santa Inquisición (o Santo Oficio, como se le prefiera llamar, pero siempre santo) hizo su trabajo a conciencia y no quedó ni una, ni media. Hoy solo nos quedan vestigios, leyendas y tradiciones.

A dos pasos del pueblo, y excavadas en las rocas, hay unas cuevas donde se dice que se celebraban orgías de brujas, *akelarres*, misas negras, etc. Es más, el riachuelo que recorre la cueva se llama Infernoku Errea, o río del Infierno, y la gruta en sí recibe la denominación de la Catedral del Diablo. Pero en nuestros días todo

esto no es sino una atracción turística más o menos lucrativa según el tiempo y la asistencia.

Los habitantes de Zugarramurdi, al menos los de hoy, son completamente normales: no tienen los pómulos salientes, ni los ojos amarillos y saltones, ni tienen pelos de bruja, ni que decir tiene que no practican el vampirismo ni la metamorfosis y no conjuran nada ni a nadie. Pero, sin embargo, y todo hay que decirlo, cuando le miran a uno da la impresión de que todos ellos saben algo que tú no sabes, que no debes saber y que nunca sabrás. ¿Por qué? Pues no lo sé.

La Anchoni no vivía en una de esas sólidas casas del centro del pueblo, sino a tiro de piedra en un caserío. Soltera y sin compromiso, sin hijos, ¡pues no faltaría más!, hace ya muchos años que tuvo un pretendiente. No llegaron a ser novios, pero Vicente (pues así se llamaba) se fue a América para buscar trabajo, y aparentemente allí encontró eso y mucho más, porque nunca volvió.

A sus treinta y muchos años, Anchoni se conservaba muy bien. No excesivamente gorda, fuerte y con un rostro que no necesitaba colorete, pues a fuerza de vivir a la intemperie tenía unos mofletes más que sonrosados. Estaba acostumbrada al trabajo duro del caserío, lo que le mantenía en buena forma física sin ninguna necesidad de estúpidas gimnasias, ya que levantarse muy temprano, dar de comer y beber a las

vacas, a los cutos, a las gallinas, muir ovejas y vacas, recoger huevos… todo eso supone mucho trabajo. Además, participaba muy activamente en el pequeño negocio familiar, pues desde hacía ya años, la cuajada (o *mamiya*) de casa Michelena tenía muy buena reputación.

Es verdad que casi todo el mundo hacía cuajada, pero la de casa Michelena debía tener un toque especial, tal vez por la piedra rusiente; y era precisamente la Anchoni quien por lo general se ocupaba de su preparación. Quizás por eso la familia Michelena era la única del pueblo que tenía encargos de fuera, de restaurantes y algunas tiendas, e incluso era la abastecedora del obispado de Pamplona (durante una reciente visita pastoral a la región, el obispo se enamoró de las *mamiyas* de casa Michelena, y poco después recibieron el encargo oficial, que por supuesto aceptaron).

El trabajo de la Anchoni era artesanal, de ahí su calidad, y su volumen solo dependía de la cantidad de leche de oveja disponible cada día. A veces podía hacerlo sola, y otras veces necesitaba la ayuda de su hermana, pues la Anchoni no vivía sola. En el mismo caserío, herencia de sus padres, vivían su hermana mayor y el marido de esta con sus dos hijos: chico y chica. La tía Anchoni también se ocupaba de ellos a menudo, y no pocas veces les solía forzar y ayudar a hacer los deberes… Su mejor amiga de toda la vida era la Asun; ella sí que estaba casada.

Aunque de lado español, Zugarramurdi está prácticamente a caballo sobre la línea fronteriza que zigzaguea entre Francia y España, lo que hace la vida relativamente cómoda por la variedad de posibilidades: si tal cosa no se encuentra aquí, habrá allá, y siempre en un lado será algo más barato o mejor que en el otro. Además, los habitantes de cada uno de los lados chapurrean más o menos bien el idioma del vecino, y ambos se entienden a las mil maravillas en ese idioma difícil de entender llamado euskera, vasco o vascuence.

Por eso la Anchoni solía comprar siempre en la vecina aldea francesa de Ainhoa el imprescindible cuajo para hacer la *mamiya* y el queso. Estaba mucho más cerca que Elizondo y era ligeramente más barato.

Y aquella mañana fue a Ainhoa a comprar cuajo en la farmacia, y aprovechó la ocasión para también comprar dos sacos de maíz en grano en el almacén. Estaba ya a punto de regresar a casa cuando le apeteció tomarse un café con leche bien caliente y un brioche recién hecho, sí que entró en el vecino Café-Tabac y se sentó en una mesita en un rincón. Le sirvió la dueña misma, charlaron un poco, pagó y la dueña se disculpó pues no tenía cambios; era demasiado temprano. «Ya me pagarás la próxima vez», le dijo, pero Anchoni prefirió redondear la cantidad comprando cuatro billetes de una especie de lotería, o juego, o lo que fuese, que había a un lado del mostrador.

Sin ninguna fe, arrascó el primero, lo tiró, arrascó el segundo, también lo tiró, y con el tercero llegó la sorpresa: ni más ni menos que un premio de mil euros en metálico (tras presentación del boleto en una oficina autorizada, claro)- Era la primera vez que el Café-Tabac vendía un billete con un premio importante.

—No te puedo pagar ahora, ¿te importa dejármelo y vuelves mañana o pasado mañana? Tengo que hablar con el delegado para que me adelante el dinero, o quizás te quiera pagar él mismo —le dijo la dueña.

—Pues no faltaría más —le respondió la Anchoni.

—¿Y no será tu día de suerte? ¡Anda, arrasca el último!

Y lo arrascó y lo miró, y no había ni una sola cifra, solo estas palabras:

«Válido para una estancia de treinta días en Tahití, Polinesia francesa.

Todos los gastos de viaje y alojamiento incluidos».

—Si me lo cuentan no me lo creo. ¿Pero te das cuenta de lo que acabas de ganar? —exclamó la dueña mientras agarraba el teléfono y llamaba a su marido para contárselo.

—¡Y a mí de qué me sirve esto! El dinero, bien —dijo la Anchoni señalando el boleto de los mil Euros—, ¿pero este? —Y levantando en la mano derecha el ganador el viaje, añadió—: ¿De qué me sirve? Por no saber no sé ni donde está eso. ¿Para qué?

La dueña del café, riendo, le dijo:

—No te preocupes, chica, déjamelo también y cuando hable con el delegado le preguntaré todos los detalles. Si no los sabe él…

—Bueno, pues ya volveré uno de estos días cuando tenga ganas —respondió la Anchoni, y la dueña aún reía mientras contestaba:

—Antes de irte, ¿no querrás un billete más, o tres?

Y las dos mujeres explotaron en carcajadas.

Reservada ella, la Anchoni no comentó lo sucedido ni con la Martina, su hermana, ni con Santiago, el marido de esta. Tenía ganas de contárselo a la Asun, su amiga, pero lo pensó mejor y solo le dijo la parte del dinero:

—No quiero que sepan que he ganado mil euros pues ya sé dónde van a ir: a comprar una vaca, o para una pieza de la camioneta.

—Tienes razón, chica. Guárdatelo que ya tendrás ocasión de gastártelo —le respondió su amiga.

Anchoni continuó su trabajo de todos los días y no le dio más vueltas al asunto. El dinero estaba muy bien, pero tampoco era tan urgente, y lo del viaje… bueno, ni que hablar.

Y fue a la semana cuando volvió al Café-Tabac de Ainhoa. Nada más verla entrar la dueña, la llamó, «ven, ven», y le hizo pasar el despachito detrás del mostrador:

—Aquí está tu dinero, ¡enhorabuena! —Y le entregó un sobre marrón con el dinero en efectivo—.

Y ahora que te explique lo el viaje —prosiguió—. Pues mira, el delegado me ha dicho que te diga que es un viaje cien por cien gratuito para dos personas. Puedes llevar a quien te plazca, como ya sabes, a Tahití, precisamente a la isla de Moorea, en pensión de familia, que es una especie de casa rural. Solo que la fecha es fija, de aquí a dos meses exactamente. Si no lo haces. Lo pierdes. No es transferible ni convertible en dinero. Me ha dicho te diga que le respondas antes de una semana, y le des ya el nombre de la persona que te vaya a acompañar.

—Uy, ¡qué difícil! —exclamó la Anchoni.

—Más difícil lo tengo yo que no he ganado nada. ¡Ale! Te espero el jueves lo más tarde —le respondió la dueña.

Y no precisamente con el ánimo de quien acaba de ganar unas súper vacaciones gratuitas, la Anchoni regresó a casa y dio de comer a los animales.

***

Esa misma tarde fue a ver a Asun y le explicó todo.

—¿Qué te parece que haga? ¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Yo? ¿Soltera y sin compromiso como tú? Yo no lo dudaría ni un minuto. Y además, ya sabes, a caballo regalado no le mires el diente —le respondió, y añadió—: Por la Martina y Santiago ni te preocupes. Bastante haces todos los días, ¿o no?

—Sí… Pero es que no sé ni dónde está Tahití, sólo sé que muy lejos —añadió la Anchoni—. ¿Y por qué no vienes conmigo? ¡Cómo lo íbamos a pasar! ¿Te imaginas?

—Quita, quita —respondió Asun—. Dejo a ese hombre un mes solo y o se muere de hambre o me mata. ¿Por qué no hablas con don Valentín, el maestro? Si él no sabe explicarte donde está, no sé yo aquí quién va a saber, ¿eh?

Más tarde, durante la cena, la Anchoni contó a Martina y a Santiago que había ganado un viaje:

—¡Ya les gustaría a muchos ir, ya! Todo pagado. ¡Qué suerte, pero qué suerte he tenido!

—Sí, pero, ¿cómo voy yo a dejar el caserío? ¿Qué vais a hacer! ¡Deja, deja! Es mucho mejor que me quede aquí… Además, ni tengo ganas de ir. ¡Total, para qué!

La Martina le escuchó haciéndose la distraída y no dijo ni una palabra, fue Santiago quien le respondió:

—¡Ale, vete, vete, que estás deseando! Ya haremos la cuajada como tú, y no te preocupes por los bichos que no van a morirse de hambre. ¡Venga, a dormir que es muy tarde!

Al día siguiente Anchoni se hizo la encontradiza con don Valentín, el maestro, y tras hablar un poco del tiempo y de la próxima visita del veterinario al pueblo, Anchoni le contó lo que había ganado y le pidió que le dijese algo, por lo menos algo.

—¿Te acuerdas cuando estudiabas Geografía en la escuela? ¿Te acuerdas de los cinco continentes,

Europa, Asia, África, América y Oceanía? Pues está en Oceanía, en pleno océano Pacífico, en el hemisferio sur, o sea, debajo del ecuador. En la Polinesia francesa, la isla principal se llama Tahití y en ella está Papeete, la capital. Pero hay cientos de islas más bien pequeñitas, y aunque está a miles y miles de kilómetros de aquí, hoy día con los aviones modernos ya no hay distancias.

—¿Cómo cree usted que será la gente? —Preguntó la Anchoni. "¿Te acuerdas de las cuatro razas humanas?" respondió el maestro "la blanca, la negra, la amarilla y la cobriza, pues pertenecen a la raza cobriza, pero no te asustes, creo que son muy simpáticos, tienen coches, televisiones... no te preocupes... lo pasarás muy bien y no correrás ningún peligro. Creo que es muy bonito, pero a juzgar por donde están tiene que hacer mucho, mucho calor… y como están en el hemisferio sur, o sea, como en Argentina, es como si las Navidades fuesen en agosto. Además, al encontrarse al otro lado de la Tierra, cuando aquí es de día allá es de noche. Pero, ¿por qué no miras en el atlas de Shanti? Y mira también los husos horarios, y ya verás.

—Muchas gracias, don Valentín —respondió la Anchoni—. Ya le preguntaré más cosas antes de ir.

Cuatro días después tomó el autobús de línea para ir a Pamplona y hacerse el pasaporte, comprar algo de ropa, zapatos abiertos, unas playeras y un traje de baño de color oscuro muy discreto. Siguió el consejo de la Asun y también fue a un salón de belleza para